

## Señor Presidente

Alejandro Suárez\*

El Embajador estaba sentado frente al escritorio de su despacho, leyendo atentamente el documento oficial que acababa de recibir acerca de la importante reunión internacional que, en pocos días más, se celebraría en la sede de la Organización de las Naciones Unidas.

El Embajador, funcionario de carrera con muchos años de servicio, había tomado posesión de su cargo pocas semanas antes. Había sido trasladado directamente desde Bulgaria, adonde el anterior Gobierno de su país -derrocado luego de un escándalo por corrupción- le había destinado con el ánimo de “castigarlo”, en una práctica desgraciada que se había vuelto habitual durante la anterior administración para quitar de en medio a los profesionales de la diplomacia honestos y reemplazarlos con advenedizos sin formación de ninguna clase.

El nuevo Gobierno, poniendo de inmediato en práctica su declarada decisión de reinstaurar la mo-

ral institucional, dispuso entre otras cosas que se nombrara como nuevo Embajador ante las Naciones Unidas a alguien con prestigio reconocido y honradez comprobada. Eran esas, efectivamente, las calificaciones del flamante titular de la Misión diplomática en Nueva York, hombre joven al que la prematura falta de cabello y unas cuantas libras demás le adjudicaban una edad mayor a la que realmente tenía.

Enajenado por la lectura del documento, tardó en reaccionar ante las repetidas timbradas de su teléfono privado, que tomó con desgano y hasta con cierto disgusto. Su Secretaria, al otro lado de la línea, le anunció con una voz mitad solemne, mitad asustada: “Le llaman de la Presidencia de la República”. “¿Quién?”, preguntó el Embajador mientras aclaraba su garganta. “Es del despacho del Presidente”, respondió la Secretaria.

El Embajador tomó de inmediato la llamada. Aunque con la seguridad que le daba su profesionalismo,

\* Embajador de Carrera del Servicio Exterior Ecuatoriano

su actitud en ocasiones no podía prescindir del nerviosismo que caracterizaba a su temperamento. Era ésta una de aquéllas, advertido por su experiencia de que las llamadas directas de los despachos presidenciales generalmente presagian problemas. “Buenos días, soy el Embajador”, dijo acentuando bien cada sílaba como para que no hubiera duda de su afirmación. Le respondió una voz encantadora, proveniente de una dama que, sin duda, debía ser bella, joven y de buen humor. “Mucho gusto, señor Embajador. Disculpe usted por molestarle”. El Embajador tardó en procesar la comedida frase, poco frecuente entre algunos que creen que estar cerca del poder les da título de importancia. No tuvo tiempo de sacar conclusiones porque, enseguida y con la misma cordialidad, la (probablemente) joven Secretaria le dijo: “El señor Presidente desea hablarle. Le paso enseguida”. Casi instintivamente, agitado por su natural nerviosismo y con la lógica aprensión que provoca estar a punto de hablar -y por primera vez, como era el caso- con la más alta autoridad del país, el Embajador alcanzó a responder: “Claro que sí, desde luego”.

Al otro lado de la línea, la graciosa voz de la (sin duda) joven Secretaria fue reemplazada por la de un hombre calmado, sin pretensiones, quien sorprendentemente inició su conversación con un “Embajador,

qué gusto tengo al conocerle, al menos telefónicamente. He escuchado excelentes opiniones de usted y de su trayectoria diplomática”. Una cordialidad así levantó de inmediato la sospecha del Embajador. Su experiencia le había enseñado que, en circunstancias como ésta, la mejor actitud era la de preservarse con un muy cordial laconismo. Tomándose instintivamente la corbata -era un conocido tic en él- preparó para sus adentros su voz y respondió tratando de disimular lo más posible su sorpresa: “Mucho gusto, señor Presidente. En qué puedo servirle?” En las siguientes fracciones de segundo, alcanzó a avergonzarse de haber utilizado una fórmula como ésa, a la que siempre criticó en los demás por traducir más sumisión que cortesía. Su pensamiento fue interrumpido por la voz que, esta vez con cautela, dijo: “Esta es una conversación reservada, señor Embajador, de manera que le pido no comentar con nadie lo que voy decirle. Por cierto -continuó- me permitiría llamarle Pancho? Sé que ese es el nombre con el que le conocen sus amigos y me gustaría contarme entre ellos”. El Embajador no pudo contar los segundos que le costó reaccionar ante ese inesperado pedido, entre otras razones porque la advertencia sobre la reserva del diálogo y la sorprendente demostración de familiaridad le trajeron a la memoria una serie de infortunados sucesos acaecidos unos años antes, cuando un audaz estafa-

dor que imitaba magistralmente la voz del Presidente de turno solicitó a varios embajadores y cónsules en el exterior que entregaran sumas de dinero a “un pariente que tuvo una emergencia económica”, ofreciéndoles a cambio que les tomaría muy en cuenta para magníficas designaciones o ascensos. Quienes cayeron en la trampa no recibieron jamás, naturalmente, el “inmediato reembolso” que el “Presidente” les había anunciado.

El Embajador levantó una de sus cejas, gesto con el que solía demostrarse a sí mismo y a sus interlocutores que no estaba dispuesto a dejarse sorprender por nadie. “Presidente de la República”, pensó para sí mismo. “Que se lo crea su abuelita”. Sonrió tanto para sus adentros como para sus afueras y, con el desparpajo que confieren las certezas, respondió: “Claro que sí, señor Presidente. Eso será para mí un honor”. Dispuesto a hacerle el juego hasta desenmascararlo en el momento oportuno, agregó con el tono de docilidad más repulsivo que fue capaz de fingir: “Y, por supuesto, guardaré total reserva sobre nuestra conversación. No se preocupe”.

“Mil gracias, mi querido Pancho, aprecio enormemente su disposición. La cuestión es que, según me ha informado el Canciller, debo concurrir dentro de una semana a una Cumbre de Jefes de Estado de

los países americanos, que se llevará a cabo en Nueva York, con motivo de la próxima Asamblea de las Naciones Unidas”.

“Así es, señor Presidente”, interrumpió el Embajador, siempre a la expectativa de lo que estaría por solicitarle su interlocutor. Este continuó: “Me han dicho que se trata de una reunión sumamente importante, en la que se van a tratar temas de interés continental. Es eso cierto?”. No sin cierta sorpresa, el Embajador contestó: “Así es, efectivamente, señor Presidente”. “Bueno, si usted lo dice así debe ser. Pero lo que quiero consultarle, en primer lugar, es lo siguiente: Es necesario que la Delegación que me acompañará esté integrada por siete Ministros de Estado, doce Subsecretarios ... a ver ... sí, doce, catorce asesores, seis diputados con sus esposas y dos de ellos también con sus hijas, cuatro funcionarios de Protocolo, un edecán militar, cuatro secretarías mecanógrafas, trece periodistas, cinco camarógrafos, tres fotógrafos, dos médicos, dos peluqueros, un cocinero, dos choferes, quince agentes de seguridad armados y un asesor de imagen?”

El Embajador, que esperaba un simple pedido de dinero para el “pariente con emergencia económica”, se quedó paralizado tanto por lo inesperado de la consulta como por la extravagante magnitud de la supues-

ta Delegación, acerca de la cual aún no había conocido absolutamente nada. Vacilante, apenas atinó a decir: “Me parece un poco excesivo el número de personas, señor Presidente”. Y siempre dispuesto a seguir el juego, comentó: “Considero en todo caso que usted debe resolver sobre quienes le resultarán necesarios en su viaje, señor Presidente, contando con los criterios que le proporcione la Cancillería”. “Mire, querido Pancho, lo que pasa es que yo no tengo experiencia en este tipo de cosas. Yo he tenido que asumir la Primera Magistratura forzado por las circunstancias y por la presión de un gran número de ciudadanos que me convencieron de que, por razones de higiene cívica, era indispensable que a un sujeto sudoroso que se empeñaba en convencer de su mesianismo bailando rumbas en los tablados con cabareteras medio desnudas, reemplace en la presidencia de la Nación un catedrático universitario, devoto de San Francisco de Asís, que en sus horas libres difundió por la radio un programa de música clásica. No sé de organismos internacionales ni de cumbres y lo malo es que mi Canciller cree que todo es importante, razón por la cual no me fío mucho de él”.

Sorprendido por lo que acababa de escuchar y, sobre todo, porque aún no recibía el esperado requerimiento, el Embajador se tomó unos segundos para pensar bien en lo que

podía responder al “presidente”. “La reunión cumbre es, como le dije, muy importante. Usted obviamente va a necesitar contar con la presencia de ciertos Ministros que están a cargo de los temas de la Agenda. No sé cuáles están incluidos en la Delegación pero, según mi criterio, señor Presidente, deberían venir sólo dos a menos que usted haya dispuesto que se aproveche la oportunidad para contactos bilaterales acerca de temas específicos de especial interés para nosotros”. Al terminar de decir todo esto, el Embajador se quedó atónito al darse cuenta de que acababa de dar, sin quererlo, una respuesta genuinamente profesional a un impostor. No tuvo mucho tiempo para reflexionar más sobre eso pues la voz al otro extremo de la línea intervino nuevamente: “Yo no he dispuesto absolutamente nada, querido Pancho. La lista me fue presentada esta mañana por el Comandante de la Casa Militar. Lo único que se me ocurrió cuestionar en ese momento fue la inclusión de los choferes y del cocinero. Pero el Comandante me dijo que cuando se está en el exterior, es siempre importante para la calidad de la imagen presidencial eso de contar con por lo menos dos choferes, aún cuando no conozcan un carajo de la ciudad y por eso no sirvan para nada. En cuanto al cocinero, me aclaró que es indispensable para que pruebe previamente los platos extranjeros a fin de asegurarse de que la sazón no difiera mucho de

la nacional y también, eventualmente, de que la comida no esté envenenada. No me convenció mucho, le confieso, la explicación”.

“Y ahora quiero decirle, mi querido Pancho, que tampoco encuentro sentido en que se ponga en el Delegación a un asesor de imagen. La verdad, no sé para que sirven esos seres. En lo que a mí respecta, el mejor asesor de imagen es el espejo de mi baño cuyo reflejo se encarga diariamente de advertirme que mi corbata está torcida, de recordarme que cada día tengo más canas y de persuadirme de que mi horrible nariz no tiene remedio. Ahora quiero preguntarle si será o no necesario llevar tantos agentes de seguridad. Cuando le comenté al Comandante de la Casa Militar que me parecía que los servicios de seguridad de la ONU podrían ser más que suficientes, me dijo que no, que la doctrina militar de la Patria dispone que la seguridad debe planificarse y ejecutarse en el propio idioma y que los encargados tienen que conocer a fondo la idiosincrasia nacional para así prevenir agresiones y atentados. Es una cuestión de ‘inteligencia’, me aclaró. Si usted grita ‘socorro’ o ‘ayuda’ en nuestro idioma, los guardaespaldas gringos no le van a entender y sus clamores por auxilio van a ser interpretados como gestos de afectuoso saludo. Así me dijo el Comandante, querido Pancho, y me explicó que el número de agentes estaba en función de mi estatura

y de lo que los manuales disponen en cuanto a protección inmediata, riesgo próximo y prevención remota. Aunque él fue muy didáctico, no terminó de convencerme”.

El Embajador comenzó a inquietarse. En espera de lo que suponía iba a ser el motivo de la llamada, no alcanzaba a entender bien por qué tanto rodeo alrededor del tema de la Delegación nacional a la Cumbre de Jefes de Estado de los países americanos. Por otro lado, comenzó a involucrarse sin desearlo en el análisis con respecto a la insensatez de designar a más de 100 personas para que acompañen al Presidente de la República en un viaje que, a lo más, requeriría cinco.

Tampoco esta vez pudo seguir pensando el Embajador, ya que su interlocutor, luego de un paréntesis para recobrar aire, preguntó: “Mi querido Pancho, quiero hacerte una pregunta y perdóname por comenzar a tutearte. Es que quiero demostrarte a ti la misma confianza que tú me inspiras a mí”.

Llegó al fin el momento, pensó el Embajador. “Si este tipo comienza a tutearme es porque se dispone ya a formular el pedido que espero, creyendo que ha preparado ya suficientemente el terreno”. Y, con la clásica sonrisa algo luciferina que siempre exhibía cuando estaba seguro de su ventaja sobre los demás, respondió:

“Dígame, señor Presidente”

“Tienes tú o alguien de la Embajada máquina fotográfica y filmadora?”.

Atónito ante la pregunta, el Embajador apenas alcanzó a contestar, casi sin darse cuenta de lo que decía: “Sí, señor Presidente. Tenemos cámara digital y filmadoras”.

“Qué bueno, Pancho. Es que así podré prescindir de los fotógrafos y camarógrafos esos que han incluido en la Delegación. El Comandante de la Casa Militar me dijo que los nombres fueron proporcionados por el Subsecretario de Prensa, con la idea de que las tomas y fotos oficiales me favorezcan en cuanto sea posible. Yo, te confieso, detesto las cámaras. Pero desgraciadamente no mienten. Y tratar de mejorar físicos como el mío, es tan difícil como llegar a acuerdos con el Congreso. Y, sobre todo, me parece absurdo emplear fondos del Estado en acarrear gentes cuyo trabajo pueden muy bien hacer, sin costo adicional, los funcionarios de las Embajadas, no es cierto?”

El Embajador, aún confundido por la pregunta del “presidente”, trató de procesar lo que acababa de escuchar. Nunca se había puesto a pensar en eso; sin embargo, ahora le pareció que detrás de la candidez de lo dicho por el supuesto impos-

tor había cierta dosis de sentido y un gran componente de verdad.

“Además en la sede de las Naciones Unidas hay fotógrafos estu- pendos a los que se puede contratar a muy bajo costo”, rubricó el Embajador en un arranque de sinceridad que estuvo a punto de alarmarle.

“Otra cosa, mi querido Pancho, y esto es algo muy delicado para mí”.

“¡Ya está. Por fin llegó!”, pensó para sí el Embajador, con un triunfalismo que, de haberlo demostrado en voz alta, le habría hecho saltar de su asiento.

“No quiero llevar conmigo a tantos diputados”

El Embajador permaneció inmóvil en su silla.

“No entiendo qué papel van a desempeñar los legisladores en este tipo de reuniones. Yo le dije eso al Comandante de la Casa Militar pero él me respondió que los congresistas pueden resentirse conmigo ya que siempre ha sido costumbre llevarles al exterior. Me explicó, además, que invitar a uno de ellos -no recuerdo su nombre- resultaba sumamente importante ya que es un personaje clave para obtener la aprobación del proyecto de Reforma Educativa Integral que presenté la semana pasada en el Congreso. Otro -cuyo nombre

tampoco recuerdo- le ha dicho a mi edecán que si yo no le llevo le va a llamar a juicio político al Canciller debido a un convenio que, según me dice, un Gobierno anterior ha suscrito con Estados Unidos para tener en arriendo por 99 años una de nuestras bases aéreas, desde donde los americanos están monitoreando la trata de blancas en todo el Pacífico Nororiental”.

El Embajador seguía inmóvil.

“A mí me parece, querido Pancho, que sólo debería invitarle al Presidente del Congreso. Qué dices tú?”.

Afortunadamente para el Embajador, pues seguía inmóvil, la voz en el teléfono continuó: “Así, inclusive, podré conversar a solas con él sobre los temas importantes, sin que nos fastidien y confundan ni sus asesores ni los míos. No te parece? ... Pancho? ....”

El Embajador, aún inmóvil, tuvo que salir de su asombro como pudo.

“Usted tiene razón, señor Presidente. En otras oportunidades, según he conocido, se han producido inclusive situaciones incómodas porque a los legisladores se les ha negado el ingreso al salón de la Asamblea General ya que, como usted comprenderá, el cupo para las delegaciones es muy limitado. Me han contado

que el año anterior dos congresistas se habían enojado mucho y, solo por eso, se habían pasado a la oposición”.

El Embajador hizo el comentario de manera casi mecánica pero con una honestidad contundente. Por primera vez desde que se inició la conversación telefónica, se llevó la mano a la cabeza y la paseó por los escasos cabellos que le quedaban, en un gesto que le caracterizaba cuando comenzaba a sentirse desconcertado.

“Otro tema muy sensible para mí -continuó diciendo el ‘presidente’- es el de los Ministros. Qué voy a hacer con tantos de ellos en Nueva York?. En esto necesito tu ayuda, querido Pancho. Necesito que me digas a cuáles de ellos realmente voy a necesitar”.

El Embajador comenzó a meditar cuidadosamente en la respuesta. Se le acababa de ocurrir que, tal vez, la cosa podía ser más grave de lo que se imaginó al comienzo. No, no era un impostor que iba a solicitar dinero. Era alguien, sin duda, que quería hacerle daño. Aunque generalmente muy bien apreciado en la Cancillería, el Embajador se había hecho de un par de enemigos, especialmente entre aquellos colegas que no toleraban los accesos de hiperactividad que solían llevar de vez en cuando al ahora Embajador ante la ONU a inmiscuirse en los temas ajenos. Eso

debía ser. “Me están poniendo una trampa -pensó- para hacerme quedar mal ante el Canciller y ante el propio Presidente, el verdadero, por supuesto”.

Con esta nueva e inquietante perspectiva, el Embajador tenía que planificar una cuidadosa estrategia. Debía tener mucho cuidado con lo que decía. Pero al mismo tiempo debía ser muy claro y honesto para que, cuando llegara el momento de las aclaraciones, él pudiera basar su defensa en principios sólidos antes que en justificaciones de coyuntura.

Tras esas reflexiones interiores y con un convencimiento que a él primero sorprendió, el Embajador dijo: “Señor Presidente, los temas a tratarse en la Cumbre demandan, en mi concepto, la presencia solamente de los ministros de Relaciones Exteriores y de Finanzas. A ellos corresponderá decidir qué subsecretarios o asesores necesitan, pero hay que tener en cuenta que a las reuniones, por razones de espacio, no pueden ingresar más de cinco personas por país”.

“El Ministro de Asuntos Indígenas me ha pasado un mensaje sobre la necesidad de que viaje él, acompañado de los siete caciques de la Cofradía Nacional de Razas”, dijo el “presidente”. “Me cuenta que hay una reunión mundial simultánea sobre relaciones intershamánicas, en la

que inclusive debería yo intervenir con una exposición”.

“Señor Presidente -replicó el Embajador- yo no aconsejaría que representantes de nuestro país participen en esa reunión que, efectivamente, va a haber. Ha sido organizada y financiada, al parecer, por una multinacional petrolera para obtener una Declaración exhortando a los indios del mundo para que, en lugar de defender sus territorios de los apetitos de las empresas, los entreguen a cambio de becas para ampliar la producción de artesanías y para industrializar la fabricación local de medicinas ancestrales con patentes internacionales. Hasta donde conozco, hasta el momento solo se ha acreditado una delegación maorí y otra de Burkina Faso”.

“Me tranquiliza lo que me dices, querido Pancho. En todas las reuniones del Gabinete he insistido yo en que debemos mantener la más rigurosa austeridad y que por eso nos abstengamos de gastar en cosas innecesarias. Y fui yo el que comencé a dar ejemplo. Fíjate que ordené que se despidiera a los peluqueros del Palacio. Sus sueldos equivalían a 150 veces lo que siempre me ha cobrado mi peluquero de confianza, a cuyo acogedor negocio sigo concurrendo tanto por lo grato de la conversación que mantenemos como por lo ameno de las revistas que leo mientras espero mi turno. Imagína-

te que la primera vez que quisieron que me cortara el pelo en el Palacio, los imbéciles de los asesores me insistieron en que debía aprovechar la oportunidad para leer un informe reservado del Director de Inmigración sobre el ingreso a nuestro país de 350 mil chinos, con visas vendidas a razón de veinte mil dólares por chino. Por cierto, yo dije que me parecía un buen negocio para el país. Pero el problema había sido que el dinero se entregaba a unos cónsules que eran parientes de un tío del anterior Presidente”

Sin querer, el Embajador soltó por primera vez la ruidosa y espon-tánea carcajada que le caracterizaba. Y súbitamente, asimismo por primera vez, se sintió sobresaltado por la preocupación de haberlo hecho ante el Presidente de la República. “El Presidente ... ?”

“Por cierto, tuve que discutir reciamente con el Comandante de la Casa Militar pues trataba de convencerme de que la presencia de los dos peluqueros en la Delegación podía ser muy conveniente para ahorrar recursos al Estado. Me preguntó que si yo sabía cuánto costaba cortarse el pelo en Nueva York. En verdad, querido Pancho, no tengo la menor idea de lo que cuesta. Pero me da la impresión de que puede ser menos de lo que van a costar las habitaciones de hotel y los viáticos para los peluqueros”.

“En lo que sí me voy a parar firme, querido Pancho, es en lo de las secretarías mecanógrafas. No veo necesidad de ellas cuando allí en tu Embajada habrá el personal necesario para que nos apoye, verdad? El Comandante de la Casa Militar me dijo que el anterior Presidente siempre llevaba a sus secretarías particulares porque les estimaba mucho, según me explicó. De hecho, le acompañaban a todas partes; a veces de una en una, otras todas a la vez. Al parecer, eran sumamente útiles porque el anterior Presidente solía trabajar a puerta cerrada hasta la madrugada. Yo, querido Pancho, no soy de los que trabajan hasta muy tarde y, peor, de los que obligan a los colaboradores a sacrificar sus horas de sueño o de familia para que me ayuden. Le voy a pedir al Comandante que les diga a estas chicas que ya no se preocupen porque, mientras yo esté de Presidente, nunca les voy a pedir que trabajen más allá de los horarios ni tampoco les voy a estropear su vida familiar llevándolas conmigo en los viajes. Eso voy a hacer”.

“Señor Presidente -dijo el Embajador con una satisfacción evidente- curiosamente la mayoría de mis colaboradores en la Embajada son mujeres y, aparte de sumamente eficientes, son muy guapas”. Fue una broma que el Embajador quiso hacer, aunque enseguida, dándose cuenta del mal gusto, se arrepintió. Oyó que, al otro lado de la línea,

la voz pausada decía: “Qué bueno, Pancho; yo siempre he creído que, en diplomacia, la estética es muy importante. Otra cosa, mi querido Pancho: el Chambelán de la Residencia Oficial me dice que debo llevar conmigo cuatro ayudantes de Protocolo. Qué opinas tú de eso?”

El Embajador, que todavía no podía salir del laberinto interno que se le había formado debido a la posibilidad de que alguien estuviera conspirando contra él, pudo de todas maneras articular un discurso coherente para contestar: “Señor Presidente, si llegáramos a requerir apoyo en materia de Protocolo, bastaría y sobraría con una persona”.

“Y para qué sirven los ayudantes de Protocolo?”, preguntó el Presidente. “Te pido que me expliques porque el Chambelán de la Residencia Oficial me confundió un poco cuando le hice la misma pregunta. Me dijo algo así como que eran los encargados de coordinar para que se me diera las atenciones debidas, para que se me pusiera en el lugar que me tocaba en las filas y para que se me ubicara en las mesas de los almuerzos. Además, eran los que debían llevar los portafolios con documentos, me dijo. Yo le comenté que en las Naciones Unidas seguramente todos se portarán muy atentos con los presidentes de los países, no faltaba más, y que no veía necesidad de que alguien tuviera que ‘coordinar’ para

que así fuera. El sitio en las filas, me parece, dependerá de la puntualidad con la que yo asista a las reuniones y ceremonias. De paso, mi querido Pancho, te digo que soy siempre muy puntual. Así que en eso me garantizará de seguro los primeros puestos de manera que no les daré a ustedes ni a los funcionarios de la ONU ningún problema. En cuanto al sitio en los almuerzos, le dije al Chambelán que yo me siento en donde más me guste, no donde se me obligue a pretexto de comidas oficiales. Fíjate, para mí todas las comidas deben ser ocasiones para distenderse y disfrutar libremente. Me parece espeluznante que, después de horas enteras de diálogos serios y profundos, me pongan a comer junto a alguien con quien, en lugar de comentar sobre lo sabroso que está el caldito de gallina, deba seguir platicando sobre los mismos aburridos temas de la reunión anterior”.

“Tiene razón, señor Presidente”, dijo el Embajador quien, pese a lo impecable de su práctica en el oficio, compartía plenamente el criterio de su interlocutor.

“No me agradaría -continuó diciendo el ‘presidente’- que me ocurriera lo que a un ex mandatario de nuestro país, al que por cierto aprecio y admiro mucho, que en una cena oficial le sentaron junto al Presidente visitante en cuyo honor se ofrecía la comida. Se trataba del

Jefe de Estado de Zambia, que sólo hablaba zwahili, y aconteció que el intérprete oficial no pudo llegar a tiempo para hacer su trabajo. Yo estaba entre los invitados, querido Pancho, y pude ver cómo los dos presidentes tuvieron que entenderse por señas. Ninguno pudo obviamente comer nada porque, mediante agitadas de manos, sacadas de lengua, codazos y cabezazos, debieron continuar la negociación del Tratado de Libre Comercio que habían iniciado esa mañana. Reconozco, eso sí, que el ejercicio fue extremadamente útil ya que a primera hora de la mañana siguiente se firmó el documento, ante el asombro de los técnicos y de los asesores que la víspera se habían estancado en el tema de la desgravación del aceite de hígado de rinoceronte y de los derivados del guano fino de aroma”.

“Recuerdo muy bien el episodio -dijo el Embajador- yo también estaba allí pues en esa época era Subsecretario de Asuntos Políticos de la Cancillería”.

El ‘presidente’ continuó: “Por último, querido Pancho, me parece una falta de respeto para un funcionario de la Cancillería que se le pida acarrear el portafolio de documentos que yo mismo puedo llevar. No te parece?”.

“Esto tiene que ser una trampa”, volvió a decirse a sí mismo el

Embajador. “Alguien quiere que yo pise las cáscaras de plátano que me está poniendo este individuo que dice ser el Presidente. Seguramente la conversación está siendo grabada. Después me echarán en cara que estoy cuestionando la presencia en Nueva York de diputados y de altos jerarcas del Estado. Pero no voy a caer tan fácilmente. Ya van a ver”.

“Es usual, señor Presidente, que alguien lleve los papeles que el Primer Mandatario va a necesitar. Pero, en fin, eso depende del estilo de cada Presidente”. El Embajador volvió a esbozar su característica sonrisa algo luciferina. Estaba seguro de que ninguna de sus respuestas le comprometería.

“Querido Pancho, quiero pedirte un favor especial”.

La sensación de desconcierto volvió a tomar de improviso al Embajador. No era que había descartado ya el pedido de dinero? Esta vez parecía que se venía. Se puso en guardia.

“Quiero que me ubiques una tienda, pero que sea grande, de discos de música clásica. No sé si tú conoces que soy un coleccionista fanático de ese tipo de música. Quiero escamotear unas horas a las agendas oficiales para meterme en el almacén y escarbar a gusto las estanterías de discos, sobre todo las de piezas li-

túrgicas medioevales de Islandia que son bellísimas. Si no te aburre, puedes acompañarme. Si no, preferiría ir sólo. Me harías este favor?”.

El Embajador tosió un par de veces. Era otros de sus clásicos tics, en los momentos en los que del desconcierto pasaba a la angustia.

“Pues .... Claro, señor Presidente. Me encantará acompañarle. No conozco mucho de música clásica pero será un placer ir con usted. Así de paso aprendo algo”.

El Embajador se resistía a creer en el pedido que acababa de recibir. Peor aún, se rehusaba a creer en lo que él mismo acababa de decir. No encajaba en sus esquemas, definitivamente.

“Y ahora sí, mi querido Pancho, un último y enorme favor. Y en esto te ruego comprenderme porque es algo que te va a parecer impropio de un Jefe de Estado”.

El Embajador había perdido ya el piso. Su destreza diplomática y su característica agudeza de juicio habían quedado neutralizadas a lo largo de la conversación telefónica. En un tono que le pareció de capitulación definitiva ante sus propias incógnitas, apenas pudo decir: “Despreocúpese, señor Presidente, ya le dije que estoy a su disposición y que mantendré total reserva”.

“La Cumbre de Presidentes Americanos concluye el viernes, si no me equivoco. En teoría tendría yo que regresar el sábado. Pero quiero quedarme hasta el domingo porque tengo una ilusión enorme de ir al parque de diversiones de Coney Island. No sé si sabes que yo provengo de una familia modesta. De niño, nunca pude ir como otros de mis amigos y compañeros a pasar vacaciones en Miami o en otros sitios divertidos. Y siempre escuché hablar de Coney Island. Puedes creer que se me hizo una obsesión el poder ir algún día a ese sitio? Y esta será la oportunidad. Ya le he dicho al Canciller y al Chambelán de la Residencia Oficial que toda la delegación que me acompañe deberá regresar el sábado. Y ese día quiero emplearlo en subir a los juegos y montañas rusas de Coney Island, a pretexto de una agenda personal que tendría que desarrollar supuestamente por pedido especial de la Universidad de Columbia, en donde hace algunos años di clases. De manera que, querido Pancho, te ruego que pidas a uno de tus colaboradores que me lleve en el Metro a ese parque de diversiones y que, si lo desea, permanezca conmigo como mi invitado. Es más divertido disfrutar de estas cosas cuando uno está acompañado. Por cierto, si tú quieres venir sería espléndido. Pero no quisiera fastidiarte tanto”.

El Embajador volvió a quedar inmóvil. Casi no escuchó cuando

la voz al otro lado de la línea decía: “Querido Pancho, no sabes cuánto te agradezco. Daré órdenes enseguida para que la Delegación se reduzca a cinco personas. Para dar a las cosas una apariencia oficial y para no comprometerte, le voy a pedir inmediatamente al Canciller que te llame para solicitarte que arregles con la Universidad de Columbia la ‘agenda personal’ del sábado. Me ha dado mucho gusto hablar contigo. Cuando nos veamos en Nueva York espero que me digas Lucho porque así me llamo y así me conocen los buenos amigos, entre los cuales ya te considero. Saluda a tu esposa. Hasta luego”.

“Hasta luego, señor Presidente”

Pasaron quién sabe cuántos minutos. El Embajador registró hasta el último rincón de su cerebro e imaginación para comprender lo que acababa de ocurrirle y para encontrar las evidencias de que todo había sido una trampa, un sueño ... o una pesadilla.

Se levantó de su asiento. Caminó algo vacilante hasta la puerta de su despacho. La abrió y, con un tono que sonaba más suplicante que imperativo, dijo a su Secretaria: “Llame inmediatamente al número privado de la Presidencia de la República. Pero no al que consta en la guía general sino a ese privado que la Cancillería nos dio en reserva la

semana pasada. Diga que el Embajador del Ecuador en las Naciones Unidas desea hablar con el Presidente”. Pensativo, volvió a su escritorio. Tenía que asegurarse de que la llamada había sido auténtica. Si no lo era, descubriría la verdad y además alertaría a la Presidencia sobre la existencia de un impostor.

Su teléfono no tardó en timbrar. Tomó el audífono con mucho recelo.

“Aló?”, dijo con cierta timidez. Al otro lado de la línea le respondió una voz encantadora ya conocida, proveniente de una dama que, sin duda, debía ser bella, joven y de buen humor. “Qué gusto volver a escucharle, señor Embajador. En qué podemos ayudarle. Quiere que le comunique nuevamente con el Presidente?”.

Vacilante, con la superficie de su cabeza brillante por las gotas de sudor, el Embajador apenas supo decir: “No, no señorita. No quiero molestar a Lucho ... perdón, al señor Presidente. Sólo le ruego decirle que olvidé mencionarle que debe traer a Nueva York un abrigo impermeable, pues septiembre es época de lluvias”.

“Muchas gracias, señor Embajador. Se lo diré. Algo más?”

“No, eso es todo. Muchas gracias”.

La voz de la dama, que sin duda debía ser joven y guapa, sonó por última vez: “Hasta luego, señor Embajador. Que les vaya muy bien en la reunión de la próxima semana”.

Ni bien el Embajador colgó el audífono, volvió a sonar el timbre. La Secretaria anunció con solemnidad: “Embajador, le llaman del despacho del Canciller”.

El Embajador, levantando una de sus cejas y con su clásica sonrisa algo luciferina que todos conocían bien, tomó el teléfono y, con el desparpajo que proporcionan las certezas, dijo despreocupadamente:

“Aló?”